

## CATECISMO.

DE LA QUINTA CONFERENCIA.

*Sobre la resurreccion de Jesucristo.*

*P.* Convengo en que Jesucristo ha hecho los mayores milagros: en que los ha hecho como Dios: en que los ha hecho para probar que era Dios; y así no puedo dudar de la Divinidad de Jesucristo. Sin embargo, Jesucristo murió, y murió en una cruz, y no concibo como un Dios pudo morir, y mucho menos todavía, morir con una muerte tan infame. Os confieso que estas contrariedades confunden mi entendimiento, y que no puedo conciliarlas.

*R.* Pues nada hay más fácil de conciliar que estas contrariedades aparentes. Jesucristo era Dios y Hombre á un tiempo, según lo hemos demostrado. Como Hombre podía morir, y

murió en efecto; pero como Dios, era esencialmente inmortal, y jamás la muerte tuvo imperio sobre él: por otra parte, Jesucristo murió como Dios-Hombre, y resucitó al tercer día, ó más bien, él mismo se resucitó con el mismo poder con que había resucitado á otros.

*P.* Mostradme, ¿cómo Jesucristo murió como Dios?

*R.* Jesucristo antes de morir había predicho varias veces su muerte y sus principales circunstancias, y murió en efecto del mismo modo que lo había anunciado. Jesucristo había declarado que él era dueño de dejar la vida, ó de volverla á tomar á su voluntad: que nadie le quitaría la vida, sino que él la daría libremente por la redención de los hombres; y vemos en el evangelio efectivamente, que habiendo llegado su hora, fue él mismo delante de sus enemigos, se hizo conocer de ellos, y se entregó en sus manos, después de haberlos echado por tierra con una sola palabra, para hacerles conocer su debili-

dad: vemos en él tambien, que despues de haber sufrido tormentos capaces de aniquilar al hombre mas robusto, y reducirlo á un extremo desfallecimiento, murió arrojando un gran grito; en él, pues, vemos últimamente, que en el momento de morir hizo los mas grandes milagros, é hizo estremecer el mundo entero. ¿No es esto morir como Dios?

*P.* Concedo que esto es morir como Dios; pero de que Jesucristo murió como Dios, ¿qué inferís?

*R.* Infero que tenia poder para resucitarse.

*P.* La consecuencia es justa; pero siempre queda que probar, que Jesucristo se resucitó á sí mismo.

*R.* Vé aqui como demuestro que Jesucristo se resucitó á sí mismo. Jesucristo tenia poder de resucitarse á sí mismo: tu lo concedes. Es así que Jesucristo antes de morir habia anunciado varias veces que él se resucitaria á sí mismo: luego Jesucristo se resucitó á sí mismo. Podria probarte por otras muchas razones, que habiendo

Jesucristo anunciado su resurreccion, era necesario que se verificara.

*P.* Ospido me digais esas razones, porque deseo hallarme instruido sobre este punto esencial de nuestra fe, cuanto me sea posible.

*R.* Alabo tu celo, y bendigo á Dios que te lo inspira: ve aqui, pues, las razones que deseas en dos palabras.

1.º: En el mismo tiempo que Jesucristo predecia su resurreccion, predecia tambien todas las circunstancias de su muerte, y todos los grandes sucesos que debian ser las resultas de su muerte. Las predicciones de Jesucristo tocante las circunstancias y las resultas de su muerte, se han verificado á la letra: luego la de su resurreccion se ha verificado tambien. No siendo así, seria necesario decir, que Jesucristo fue á la vez, y en el mismo instante, el órgano del espíritu de verdad; y el del espíritu de mentira; el mas grande de los profetas, y el mas insignificante impostor, lo que visiblemente es absurdo.

2.º: Al mismo tiempo que Jesu-

cristo predecia su resurreccion, hacia por su propio poder milagros que eran tan grandes como el de su resurreccion misma; v. gr., el de la resurreccion de Lázaro; luego tambien ha hecho el milagro de su propia resurreccion, pues que se habia empeñado en ello.

3.º: Si Jesucristo no hubiera resucitado en efecto despues de haber anunciado su resurreccion, habria destruido todo el efecto de sus milagros precedentes: se habria cubierto de un oprobio eterno; y por inconsecuente se habria colocado en la clase de los impostores. Igual imprudencia no puede ciertamente concebirse de un hombre semejante: luego quando Jesucristo anunció su resurreccion, bien cierto estaba de que resucitaria; y asi se verificó.

*P.* Estas razones son bien fuertes; sin embargo quisiera algo mas, y que la resurreccion de Jesucristo no solo fuese probada con razonamientos, sino tambien con hechos evidentes. Los razonamientos convencen á pocas per-

sonas: pero todo el mundo se ve obligado á rendirse á la evidencia de los hechos.

*R.* Convengo contigo en lo que dices, y esperaba ciertamente á que hablases asi. Sabe, pues, que la resurreccion de Jesucristo está probada por hechos los mas incontestables. Estos hechos son, primeramente, las precauciones que tomaron los Príncipes de los Sacerdotes de acuerdo con Pilatos, para que el cuerpo de Jesucristo no fuese robado de su sepulcro; porque vemos, que habiendo ido á casa de Pilatos los Príncipes de los Sacerdotes, le pidieron el permiso de custodiar el sepulcro de Jesucristo hasta el tercer dia: que Pilatos se lo concedió; y que en consecuencia pusieron el sello sobre la piedra que cerraba el sepulcro, dejando allí una guardia de soldados romanos. Lo cierto es, que el cuerpo de Jesucristo no pudo ser robado. Por otra parte es cierto que este cuerpo venerable no se encontró en el sepulcro la mañana del tercer dia: luego salió de él

resucitando. Estos hechos son, en segundo lugar, las diferentes apariciones de Jesucristo á sus Apóstoles, y á sus otros discípulos, apariciones sucedidas en pleno dia, y en las cuales los Apóstoles y los otros discípulos vieron á Jesucristo en su estado natural, y en los mismos términos que lo habían visto antes de su muerte: le oyeron hablar, lo tocaron, tuvieron la dicha de comer con él; apariciones en fin, que se repitieron varias veces durante cuarenta dias. Tu has leído los libros del evangelio y el de las actas de los Apóstoles, y sabes que no digo nada que no traygan estos libros Divinos.

*P.* Todo esto es cierto: sin embargo tengo ciertas dudas que os suplico me aclareis. 1.º: Yo encuentro en el evangelio, segun S. Mateo, que los soldados que guardaban el sepulcro de Jesucristo, publicaron en Jerusalem que mientras ellos dormian, robaron el cuerpo sus discípulos. ¿Quién nos ha dicho que no pasó así, y por qué hemos de creer mas bien á S. Ma-

teo, que á los soldados Romanos?

*R.* ¿Cómo no ves que el rumor que los soldados Romanos, ganados por los príncipes de los sacerdotes, esparcieron en Jerusalem, tocante el pretendido robo del cuerpo de Jesucristo hecho por sus discípulos, no fue sino un pretesto de que se valieron, porque no tenían nada mas verosímil que decir? Porque, 1.º: Es evidente que si los discípulos de Jesucristo robaron su cuerpo mientras que los soldados dormian, estos soldados no podian tener conocimiento alguno de semejante robo, ni podian tampoco dar testimonio de él. 2.º: Este hecho es tan imprudente como absurdo; porque está demostrado, por todo lo que se ha dicho en el cuerpo de la conferencia, que los Apóstoles no pudieron jamas pensar en semejante robo: que cuando hubieran pensado en verificarlo, jamas hubieran tenido valor para egecutarlo; y que cuando hubieran tenido valor para intentarlo, jamas hubieran podido conseguirlo. Para lograr esta empresa,

era preciso atravesar la guardia, romper el sello que estaba puesto en la piedra que cerraba el sepulcro, sacar el cuerpo, despues de haber volcado esta piedra, que era de un grueso enorme, y llevarlo pasando otra vez por medio de la guardia. Yo pregunto á todo hombre de buen juicio, si todas estas operaciones pueden hacerse sin ruido, y sin un ruido capaz de despertar á unos hombres que duermen con otro sueño que el de la muerte.

*P.* Condeno desde luego este punto: pero ¿es bien cierto que Jesucristo se apareció realmente á sus discípulos tres dias despues de su muerte? Puede ser que estos hombres no viesen á Jesucristo sino solamente una fantasma que los alucinase; porque, en fin, su imaginacion estaba acalorada, y cada cual sabe muy bien lo que puede una imaginacion exaltada. Ella reproduce todo lo que hemos visto: nos representa los objetos mas distantes: resucita muertos; y cria, por decirlo así, lo que jamas ha existido. Las historias nos representan una infini-

dad de egemplos semejantes.

*R.* Si se nos dijera que un solo discípulo de Jesucristo lo ha visto, ó creído ver resucitado, ó que varios de sus discípulos lo han visto, ó creído ver una ó dos veces en instantes rápidos, y como se ve un relámpago, tu objecion no seria inverosímil; pero son los doce Apóstoles los que vieron á Jesucristo, y con ellos las santas mugeres, y un gran número de otros discípulos. Ellos lo vieron estando juntos, y estando separados; todos lo vieron en su forma natural, y todos de la misma manera. Estas apariciones se repitieron varias veces durante el curso de cuarenta dias, y por lo mismo tuvieron tiempo mas que suficiente, y todos los medios mas indefectibles para asegurarse de que era él. Jesucristo se prestó á todas las pruebas que quisieron hacer de la realidad de su resurreccion, y hasta á las mas indiscretas. En fin, todos ellos fueron testigos oculares de su ascension á los cieles. Si todas estas cosas sucedieron solamente en apa-

riencia, ciertamente esta larga ilusion de los Apóstoles y de los discípulos era un milagro, y un milagro que me atrevo á decirlo) tan grande, á lo menos, como el de la resurreccion. Ahora, milagro por milagro, es claro que todo debe determinarnos á creer el de la resurreccion, que es conforme á los atributos de Dios, mas bien que el de la ilusion, que los deshonra todos.

P. Ya veo que no hay apariencias de que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo se hayan engañado en punto al hecho de su resurreccion. Si tantas personas han creído ver durante cuarenta dias á Jesucristo resucitado, es porque en efecto le vieron; y como muy bien lo habeis observado, sino hubieran visto, oído y tocado sino á una fantasma, esta larga ilusion de todos sus sentidos, seria un trastorno de todas las leyes de la naturaleza, mas estupendo todavia que la misma resurreccion de Jesucristo. Pero ¿si los Apóstoles no han podido ser engañados es im-

posible que hayan sido engañadores? Y si han podido serlo, ¿quien nos ha dicho que no lo han sido? ¿Quién nos ha dicho que todo lo que refieren los evangelios de la resurreccion de Jesucristo y de sus apariciones, no es una pura fábula compuesta por los Apóstoles? Nada veo en todo esto que repugne, porque no hay fraude ni impostura de que los hombres no sean capaces.

R. Y yo pregunto á mi vez, ¿quién nos ha dicho que todo lo que cuentan las historias tocante la conjuracion formada contra Julio César, no es una pura fábula compuesta por los historiadores? Tu sonries, ¿es pormi respuesta, ó por tu objecion? Porque en fin, está demostrado que la resurreccion de Jesucristo esta mas testificada y por consecuencia mas averiguada, que la conjuracion que se formó contra Julio César. No hay impostura que los hombres no sean capaces de concebir y proyectar. Convengo en ello; pero al mismo tiempo sostengo que los hombres no egecutan jamas los

proyectos inicuos que han formado, siempre que tienen evidencia de que el suceso que quisieran, es imposible. Ahora, en la suposicion de que Jesucristo no hubiera resucitado, era evidente á los Apóstoles la imposibilidad de hacer creer al mundo su resurreccion. ¿No es menester haber renunciado, no solo toda buena fe, sino tambien todo buen juicio, para decir, que un pequeño número de hombres groseros y tímidos, sin cultura de entendimiento, sin nacimiento y sin crédito, se atreverian á formar el vasto y asombroso proyecto de trastornar la religion de su pais, y todas las religiones del mundo, para hacer adorar á todo el universo un hombre crucificado, despues de haberlo persuadido á que este hombre se resucitó á sí mismo: que estos hombres, estando tan ciertos como lo estaban de que Jesucristo no habia resucitado, formáran no obstante este proyecto con el mayor concierto: que no se espantáran, ni de la multitud de las dificultades, ni de la magnitud de los

peligros á que se esponian: que emprendieran la egecucion de este proyecto con el mismo concierto que lo habian formado, y con una constancia inalterable aunque tuvieran contra ellos á los hombres que engañaban; á Dios; á quien ultrajaban; y á su conciencia; á la cual hacian traicion; y que, en fin estos mismos hombres destituidos de todo socorro, y reducidos á ellos mismos, consumaran sin embargo este mismo proyecto, que todo el poder de los reyes, toda la prudencia y habilidad de los políticos, toda la sutileza de los filósofos, y toda la elocuencia de los oradores reunidos, y obrando con un comun esfuerzo, no habrian podido verificar jamas; de tal modo, que dejaran moribundo el mundo cristiano, ó próximo á estarlo? Ve aqui, no obstante, las paradojas, ó mas bien absurdos, que es menester admitir, si se supone que los Apóstoles engañaron al mundo anunciándole la resurreccion de Jesucristo.

P. Todo lo que acabais de decir, hace mucha fuerza; pero sin embargo,

me cuesta todavía trabajo el subscribir á ello; porque, en fin, resulta de todo lo que habeis espuesto, que la resurreccion de Jesucristo no está probada sino por el testimonio de los Apóstoles, y así me parecé que se necesita algo mas sobre esto.

R. Dificil eres ciertamente de convencer; pero, á Dios gracias, tengo con qué contentarte. Considera desde luego que no son solamente los Apóstoles, sino tambien muchos de los otros discípulos de Jesucristo, los que han testificado su resurreccion, como testigos oculares de ella: que estos Apóstoles y estos discípulos fueron los hombres mas santos que el mundo ha visto: que ningun interes humano, de ninguna especie, los movió á publicar la resurreccion de Jesucristo; y que, en fin, ellos sufrieron los tormentos y la muerte, mas bien que retractar el testimonio que habian dado de ella; y así la resurreccion de Jesucristo es el hecho mas bien probado de todos, sea que se considere el número ó la calidad de los

testigos, ó el desinteres y la constancia heróyca de su testimonio.

P. Disimulad mi impertinencia; pero yo querria que Dios hubiera confirmado con milagros el testimonio que los Apóstoles y los otros discípulos dieron de la resurreccion de Jesucristo: esta última prueba acabaria de convencerme.

R. Supuesto que quieres milagros no te faltarán. Los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo hicieron una infinidad de ellos en Jerusalem y en el resto de la Judea, para confirmar el testimonio que daban de la resurreccion de Jesucristo. Estos milagros constan en el libro de las actas de los Apóstoles, y los judios no se atrevieron jamas á contestar su verdad. Los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo no son los únicos que han hecho milagros: una infinidad de ellos se vió en los primeros siglos de la Iglesia, cuando eran mas necesarios, y despues se han visto en todos tiempos; y estos milagros son tan auténticos y tan bien



probados, que para dudarlos es menester dudarlos todo.

*P.* Confieso que no puedo resistirme á la fuerza de vuestros argumentos; sin embargo, es menester que os proponga todavía una objecion que se me ocurre en este momento. Supuesto que Jesucristo resucitó (porque ya no lo dudo), y que queria que su resurreccion fuese conocida de todos los judios, y del mundo entero, ¿por qué no se apareció despues de su resurreccion en Jerusalem y resto de la Judea públicamente, y en pleno dia? Este milagro hubiera convertido infaliblemente á todos los judios; y en seguida los judios convertidos, habrian ellos mismos convertido á todo el universo. Confieso que esta objecion incomoda mi entendimiento, y así os pido me la resolvais, á fin de que sobre ella no me quede niebla alguna.

*R.* Tu objecion presenta desde luego algo de especioso; pero en examinándola de cerca, se forma otro juicio que á primera vista, porque

digo á mi vez: supuesto que Jesucristo queria que su resurreccion fuera conocida de todo el universo, ¿por qué no se manifestó en todo el universo, en todas las partes donde habia hombres, y á cada hombre en particular? ¿Por qué no repitió estas apariciones de generacion en generacion? ¿Por qué tu y yo no hemos visto á Jesucristo? ¿Es porque los Apóstoles tenian mas derecho de verle que nosotros?

Dios ha dado al género humano pruebas de la resurreccion de Jesucristo, capaces de convencer á todo hombre sencillo y de buena fe; supuesto que queria convertir á todo el mundo lo debia convertir, y nada mas debia, porque Dios no debe nada á la orgullosa curiosidad de los hombres; por otra parte, los milagros que Dios no ha cesado de hacer desde los Apóstoles hasta nosotros para establecer y confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo, son pruebas tan claras y palpables de esta resurreccion, como lo habrian si-

do las frecuentes apariciones de este Dios-Hombre, que parece que tu exiges.

Tu dices que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente, y en pleno dia en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea, todos los judios se habrian convertido. Yo no sé lo que hubiera sucedido; pero sé muy bien, que si todos los judios se hubieran convertido, los adversarios de la religion cristiana publicarian hoy que jamas hubo judios: que este pueblo es un pueblo fabuloso, y su historia una novela; y que si todos los judios no se hubieran convertido, estos mismos hombres sostendrian, que si Jesucristo se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem, y en lo restante de la Judea despues de su resurreccion, todos los judios se habrian convertido infaliblemente, y de esto deducirian que Jesucristo no se manifestó jamas despues de su resurreccion, ni en Jerusalem, ni en otra parte; y que esta pretendida resurreccion no era otra cosa sino un cuento

y una pura invencion, hecha de propósito.

Quedemos, pues, tu y yo bien persuadidos á que Dios mismo no tendrá jamas razon con esta especie de hombres, porque han jurado no confesar jamas que se han engañado.

SESTA CONFERENCIA.

*Sobre los misterios de la religion cristiana.*

En el capítulo I del Evangelio, segun San Juan, se refiere, que habiendo San Felipe, que fue uno de los primeros discípulos que se unieron á Jesucristo, encontrado á Nathanael, le dijo: „Hemos hallado á aquel de „quien Moyses ha escrito en la ley, „y que los Profetas han predicho, y „es Jesus de Nazareth.“ Que en seguida llevó á Nathanael á Jesus: que Nathanael, que era un verdadero Israelita, sin disfraz ni artificio, creyó